

Siempre se vuelve

Ahora estoy acortando la distancia hacia ti, y últimamente no sé qué podría esperar de esto.

La última vez que nos vimos, cursábamos juntos la secundaria. Me gustaría saber si lo recuerdas tan bien como yo. Siquiera el último día que nos vimos.

-Es seguro, Ailin, voy a tener que ponerme a laburar.- te grité, finalizando con un suspiro pesado.-Mi viejo quiere mandarme a Ecuador, y odio que él sea quién me mantenga y que me lo eche en cara todo el santo día.

-¿Entonces cómo vas a hacer? Vas para allá ¿sí o no?- me preguntaste. Acomodaste tu cabello tras tu oreja, mirando hacia lo lejos. Siempre te incomodó mirar directo hacia los ojos de la gente.

-¿Vos pensás que tengo otra opción, nena?- Te respondí. Solo hiciste un gesto, frunciendo los labios y bajando la vista. Tu largo cabello castaño, al que denominabas "color de perro", era azotado por el viento. Hasta cuando estabas triste eras hermosa.

Ambos estábamos sentados en una esquina, justo después de salir de la escuela un viernes. Teníamos 17 años ambos, pero por mera diferencia de meses, yo era mayor que tú. Aún recuerdo lo diferente que me veía; cabello negro largo, vestimenta negra, difícilmente me dejaba crecer mi mísera barba. Más de una vez mencionaste lo extrañamente cuidado que tenía el cabello, a diferencia del tuyo. No sabía cómo te encontraría, ni los estragos que habría hecho el tiempo sobre ti. No quería pensar en ello, ya que en mi mente, eras una imagen en la cual el tiempo se había detenido, y te conservaba como eras; de estatura media, no tan pálida ni tan morena, de ojos bastante verdes, y algo delgada. "Nada especial" decías, pero para mí no había otra palabra para describirte que no sea "hermosa". Habían pasado 10 años y cada día que estuvimos lejos, parecía poder recrear tu rostro cuantas veces me hicieran falta.

-Siempre y cuando me prometas de que no te vas a olvidar de mí, Lean, está todo bien...

Te lancé una risa falsa, ante todo tu lúgubre humor.- Seguro ¿Qué clase de amigo crees que soy?

-¿El peor en tu especie? Quizás el eslabón perdido...- dijiste al fin, mirándome con una sonrisa reprimida y levantando una ceja. Yo te empuje suavemente, riendo de

manera exagerada deformando mi cara. Mencioné tu adorado segundo nombre tan solo para tu placer.

-Morite, María.

-Odio que me digas así, loco, cállate...- respondiste cubriendo tu cara con tus pequeñas manos.- Agradece que no te pateo ahora mismo.

-¡Uh, que miedo me das, flaca!

Quizás acabo de descubrir que los aviones son lo más aborrecible de este mundo, quizás la ansiedad de verte sea lo que realmente empieza a molestarme. Dudo si quiero seguir quieto por una hora más, pero aparentemente no tengo opción; lo único que queda por hacer es pretender que busco algo importante entre mis pertenencias, o tal vez cruzarme de piernas, de todos modos no hay escape. Entre mis cosas personales en una mochila avejentada (la misma que utilizaba cuando éramos amigos) encontré una de las tantas cartas tontas que nos escribíamos en el salón, evitando emitir alguna grosería en voz alta que tan sólo nos trajera problemas entre las ancestrales profesoras. Me preguntabas por alguien con quien salí, hace mucho tiempo, y ahora que lo leo, me da mucha risa que hagas referencia a ella como "la pata sucia aquella", ya que desde que tenías memoria la detestabas. En realidad, fue un gesto muy infantil de mi parte. Aún recuerdo lo que me preguntaste ese día.

-Chabón, déjate de romper, es más fea que yo. ¿Qué le ves?- me preguntaste en el recreo, parada en la entrada de nuestro curso justo frente a mí con ambas manos detrás de tu espalda y disculpándote cada vez que otro de nuestro curso intentaba cruzar la puerta.

-No es tan fea. Y es una piba copada.- te conteste, encogiéndome de hombros. No tenía ánimos de hablar sobre eso realmente, mucho menos contigo.- Y otra; mis chances son pocas.- Me recosté contra el marco de la puerta mientras te miraba, cruzando los brazos frente a mi pecho. Claramente era más alto que tú.

-Copada mis medias, habla como tarada y tiene la mentalidad de una zanahoria, deja de joder. Podés conseguir una piba más linda y con otra personalidad.- Te callaste unos segundos, levantando las cejas mientras mirabas el suelo y finalizaste con "Más bien con personalidad y punto"

Y no pude evitar soltar una sonrisa al ver cómo me ignorabas. Tal vez por ese gesto infantil o por la fábula que te largué sobre esa chica. Claramente no salí con ella...

Sonreí en el avión olvidando lo solo que iba. Miré por la ventana y recordé una y otra vez esa charla. ¿Por qué te habías molestado tanto? Extrañaba lo apegados que éramos; quizás el poder confiar en alguien más que no sea yo mismo era lo que más nostalgia me traía tu recuerdo.

Una vez que pisé Ecuador, dejé de creer en las caras honestas y el valor de las palabras. Maduré inmediatamente a los 18 años sin darme cuenta. Había sido engañado más de una vez, denigrado, pero lo que nunca hice fue confiar en alguien nuevamente, no desde que deje de verte. Ahora mi sonrisa se desvanece, porque me lamento nuevamente, en estos 10 años, no haberte confesado como me sentía. Mucho menos ese viernes a la noche...

-¿Ves aquel avión?- me dijiste, apuntando al cielo nublado, por el cual se filtraba un par de luces multicolores.-Bueno, no es un avión, es un OBNI, pero con B larga.

-¿Cuál es la diferencia, boba?- Te pregunté. Ambos estábamos esperando por el colectivo que nos dejaba más cerca de nuestra casa, a la una o dos, quizás las tres de la madrugada, en una parada mal iluminada de algún lugar. El viento frío nos forzaba a quedarnos quietos, con las manos en los bolsillos y a decir incoherencias sobre nuestro aliento visible

-Objeto Bobo No Identificado; hace tres horas está dando vueltas en círculos el muy tarado.

-¿Pero quién es más tarado? ¿El avión o la que estuvo tres horas mirándolo dar vueltas?

Me diste un golpe en el brazo, asegurándote de hacerme gritar.-Es la última vez que comparto mi sabiduría con vos, pibe.

Ambos nos callamos unos segundos, mirando cada tanto hacia donde se suponía que el colectivo debía doblar. Aún recuerdo como temblaba tu menudo cuerpo, a pesar de todo tu abrigo exagerado, y como tus dientes titiritaban, sonando de manera graciosa. No quise dar la pregunta obvia de "¿Tenés frío?" porque sabía cuál era tu respuesta sarcástica y la poca gracia que te causaba esa humorada. Simplemente te arrastré hacia mí y te abracé por la espalda. Inmediatamente te volteaste, y para mi sorpresa, me devolviste el abrazo, aun temblando. Permanecimos unos minutos así, y cuando creí que mi corazón finalmente estallaría, pensé que tenía el coraje suficiente, te murmuré.- Ailu, ¿puedo decirte algo sin que te enojés?

-¿Qué pasa?

En un minuto, mi cerebro rápidamente visualizó todos los años de amistad, y de lo mucho que arruinaría nuestra relación después de eso; te conocía demasiado bien, sabía que creerías que te había usado, que todo había sido una horrenda lucha para tan solo buscar otra cosa de ti, más que tu amistad y ese cariño desinteresado que valoraba tanto. Tomé aire y te dije riendo:

~~-Tu pelo tiene una baranda a pucho increíble.~~

Escuché tu risa ahogada, mientras yo estaba al borde del daño auto infligido.

-Es la última vez; la próxima, yo elijo a dónde vamos. Todos fumaban allá...

Estoy en el aeropuerto de Ezeiza, y honestamente, ha pasado demasiado desde la última vez que vine. Diez notables años. Estoy caminando, acarreado mis valijas y mi mal humor entre la gente que parecía esperar por su muerte, pero no; esperan por un avión demorado. Tan sólo busco un taxi que me lleve hasta Once, no me interesa ya cuánto cueste.

En cuanto me detengo en la estación de trenes, miro el deterioro en ellos, y de todos los indigentes, durmiendo en escaleras, rincones y cualquier lugar que encuentren disponible. Inclusive, uno sentado en los escalones de la entrada, me recuerda a un viejo amigo de la secundaria, ahora gritándoles obscenidades a las mujeres que pasan frente a él. No sé qué me hizo creer que llegaría un poco más lejos que esto...

-Yo no duermo junto a las minas. Usualmente huyen.

Nuestras risas interrumpían el silencio del tren y del monótono murmullo entre la gente. Íbamos sentados, y tratabas de recostar tu cabeza sobre mi hombro.

-Dale, tenemos viaje para rato. Y con tu pelito y tu falta de chiva, ya pareces una mina, así que no pasa nada.

Tratabas de hablar más rápido y de manera incesante. Ahora entiendo por qué querías acompañarme cuando me iba; mi tristeza contrastaba bastante con tu sonrisa constante. De momentos, parecías entristecerte al esconder tu mirada de mí y al jugar con tus manos.

-¿Vas a escribirme, no?- me preguntaste cuando estábamos por llegar a la terminal de Once.

-Voy a hacer lo posible.- No te dirigí la mirada; bastante derrotado me sentía desde el fiasco que resulte la noche anterior, en la parada del colectivo.

-Si querés, te acompaño a Ezeiza. No tengo problema.

-No, boluda, deja, vos haces dos cuadras más allá de tu casa y te perdes.

Te encogiste de hombros y mencionaste, quizás, la última impresión que me llevaría de ti hacia donde sea que fuere.

-Bueno, al menos tengo la voluntad. Vos sabes que te quiero mucho, y realmente no tengo ganas de que te vayas... pero bue... asunto tuyo, no mío.

Yo cargaba con mis pocas maletas; mi padre no estaba conmigo, él hacía tiempo se había ido a Quito, sólo faltaba yo. Caminabas a mi lado en silencio, admirando la estación, encontrando con qué entretenerme. En cuando logramos detener un taxi sin necesidad de usar gestos obscenos, me hiciste soltar todas mis maletas y me abrazaste; quizás, y sólo digo que quizás, esa fue la primera vez que te vi llorar.

-Por fa, volvé algún día, Leandro, yo no quiero que esta sea la última vez que te vea.

Simplemente levanté tu rostro con mis manos y te sonreí. Estaba decidido a besarte pero realmente tenía terror de perderte por completo. Lo único que pude decirte fue "Siempre se vuelve..."

Metí cada una de mis maletas dentro del auto (en los asientos traseros, como Dios me lo dio a entender) y antes de subir, te abracé por última vez, despidiéndome con un "te quiero muchísimo, loca" mientras te quitabas las lágrimas a manotazos. En cuanto subí, me saludaste tímidamente con la mano, sonriendo entre tu llanto, a pesar de que no me veías a través de los vidrios del auto. Le indiqué al taxista dónde ir, y baje la vista para no ver lo que dejaba fuera de mi vida durante tiempo seguramente prolongado.

Ahora, no estoy seguro de cómo podría verte. Algunos mails fueron y vinieron, y a pesar de que parecíamos los mismos por lo que decíamos, no sé si lo seremos realmente aún. Sé que llegaste a graduarte de peluquera, sé que tuviste amores que no dejaron otra cosa más que decepción, y que tu vida se había vuelto "demasiado aburrida para ser cierto". Sé que leíste lo último que te envíe, sé que respondiste y que te alegraba saber que volví, pero no sé si podría reconocerte.

Estoy esperando por ti en una plaza; es la única más o menos decente en la que solíamos juntarnos a hablar de estupideces sin sentido para los demás. Morón es un lugar bastante grande para dos personas que actualmente se desconocen. Estoy sentado bajo un árbol, donde solía haber una estatua, pero parece que fue removida por el mismo motivo. El día amenaza con lluvia pero no me importa; sólo quiero comprobar si aún existes.

A lo lejos veo a una mujer, sonriendo al verme; su cabello no es tan largo como el que recuerdo, de hecho ahora es bastante oscuro, ya no es tan baja, ya no tiene la mirada insegura e inocente, pero aún irradia la misma calidez que recuerdo, la misma vitalidad, y pareciera que quien se siente diminuto soy yo. Te detienes frente a mí, e inmediatamente me levanto para abrazarte.

-Te dije que siempre se vuelve, ¿cierto?

Me miras atentamente y sonríes.- ¿Dónde se fue la melena oscura? No me acordaba que tenías el pelo algo claro, y encima hasta la altura de los hombros... Este no es mi amigo.

-El trabajo, siempre hay un requisito...

Me abrazas nuevamente y te burlas del acento que se me pegó.

-¿Desde cuándo hablás en neutro vos?

-Diez años son diez años.- me excuso, aún con el marcado acento.- ¿Cómo has estado? En ti, el tiempo no ha pasado ni un día.

Solo ríes, volteando la mirada.-Ojalá. La vida no fue muy buena conmigo últimamente, ¿qué querés que te diga?

-Para mí, mucho menos. Ha sido... bastante...

-¿Decepcionante?- me preguntas, sonriendo.

-Bastante.

Hace horas estamos hablando, sentados en un pequeño bar, con los cafés que dejamos enfriar entre tantas palabras, y es increíble que sigamos intactos; aún seguimos siendo las mismas personas, algo heridas, algo asustadas, pero seguimos siendo los mismos. Supuse que debía arriesgarme; ya no teníamos mucho que perder, las cicatrices eran más profundas que este simple rasguño...

-Ailin, ¿puedo...decirte algo... sin que te enojés?

-No es lo del pucho, ¿no?- respondes. No pude evitar sonreír.

-¿Aún recuerdas eso?- Asientes con la cabeza, riendo.- No me refiero a eso...

-Bueno, no creo que sea algo por lo que deba enojarme... así que decime...

Titubeo un poco, rodeando con mis manos la taza de café. Levanto la vista y encuentro tus ojos verdes examinándome. Frunzo el ceño, buscando hasta el más

recóndito rincón de mi mente las mil y un maneras que ensaye este discurso, pero que ahora parecieran ser las palabras más vacías que podría pensar. Suspiro fuerte, y muerdo la parte interna de mi labio inferior... "Ahora o nunca"

-Ailin...yo estaba enamorado de vos... siempre creí que no... más bien que merecías algo mejor...y, no sé, pensé que al irme realmente te olvidaría. Me equivoqué...

Sólo dejaste tu boca entreabierta, buscando alguna palabra ante todo esto, pero no hallaste ninguna, entonces lentamente vuelves a cerrar tus labios, y pasas más de cinco minutos en silencio. Te observo algo triste, y agacho la cabeza, masajeando mis sienes. Saco un poco de dinero de mi bolsillo y te murmuro una tímida disculpa. Salgo lo más rápido posible del pequeño café, soportando la salvaje lluvia, cuando siento un abrazo detrás de mí.

-Diez años tuve que esperar para eso.- dices, apretándome con fuerza de la cintura. Respiré un poco más calmado y cerré los ojos, disfrutando sentir tu abrazo después de tanto, con el cariño que ya había olvidado. Me volteo y te abrazo, olvidando repentinamente de dónde venía o hacia dónde iba; ya no me importa el miedo, ni la lluvia, ni las heridas, sólo me interesa el mundo. Y mi mundo eres tú.

-Te amo, Ailin.- te digo al oído, prometiéndome a mí mismo no volver a marcharme.

O por lo menos, no sin ti...

Rigor Mortis